

# El Eterno Pacto de Gracia de Dios



Herman Hanko



Tampa, Florida

[www.editorialdoulos.com](http://www.editorialdoulos.com)

Editorial Doulos  
1008 E. Hillsborough Ave  
Tampa, Florida 33604  
[www.editorialdoulos.com](http://www.editorialdoulos.com)  
[editor@editorialdoulos.com](mailto:editor@editorialdoulos.com)

Publicado originalmente en inglés con el título *God's Everlasting Covenant of Grace* por Reformed Free Publishing Association, 1894 Georgetown Center Drive, Jenison, Michigan 49428-7137. Traducido con permiso.

Copyright © 2018  
Traducido por José M. Martínez  
Corregido por Glenn A. Martínez  
All rights reserved.  
ISBN:  
ISBN-13:

Editorial Doulos



Estudios de Dogmática Reformada



# CONTENIDO

	<a href="#"><u>Prefacio</u></a>	7
	<a href="#"><u>Introducción</u></a>	9
1	<a href="#"><u>Dios, un Dios Pactal</u></a>	15
2	<a href="#"><u>La Idea del Pacto</u></a>	21
3	<a href="#"><u>El Pacto con Adán</u></a>	36
4	<a href="#"><u>El Pacto y la Caída</u></a>	44
5	<a href="#"><u>El Pacto en el Antiguo Testamento</u></a>	52
6	<a href="#"><u>Los Días Anteriores al Diluvio</u></a>	60
7	<a href="#"><u>El Pacto con Noé</u></a>	67
8	<a href="#"><u>El Pacto con Abraham</u></a>	79
9	<a href="#"><u>Abraham y su simiente</u></a>	87
10	<a href="#"><u>Los Creyentes y sus Hijos</u></a>	100
11	<a href="#"><u>El Bautismo y los Hijos del Pacto</u></a>	116
12	<a href="#"><u>El Pacto y la Predestinación</u></a>	139
13	<a href="#"><u>El Pacto con Israel – La Esclavitud en Egipto</u></a>	161
14	<a href="#"><u>El Pacto con Israel – Liberación de Egipto</u></a>	176
15	<a href="#"><u>El Mediador del Pacto</u></a>	188
16	<a href="#"><u>El Pacto con Israel – Entrada a Canaán</u></a>	202
17	<a href="#"><u>Nuestra Parte en el Pacto</u></a>	210
18	<a href="#"><u>El Pacto y el Reino</u></a>	217
19	<a href="#"><u>Conclusión</u></a>	246



# **Prefacio**

por Homer C. Hoeksema

En los más de veinte años en el que el autor de esta obra y yo hemos sido colaboradores en nuestra Escuela Teológica Protestante Reformada, en numerosas ocasiones hemos comentado y discutido la penetrante importancia de la verdad del eterno pacto de gracia de Dios para todo el sistema de verdad reformado. Que esta verdad ocupa un lugar esencial en la dogmática, por supuesto, es evidente. Pero una vez que uno ha descubierto y aprendido a apreciar las riquezas de esta verdad desde un punto de vista dogmático, descubre tesoros cada vez mayores de la verdad en todo el rango de los estudios teológicos y, de hecho, en toda nuestra visión reformada del mundo y la vida. El Prof. Hanks y yo hemos hablado muchas veces sobre esto en relación con nuestra enseñanza en el seminario.

Otro aspecto de esta verdad que hemos discutido frecuentemente era lo que yo llamaría la interdependencia de la verdad de la gracia soberana y la verdad del eterno pacto de gracia de Dios. En última instancia, por un lado, es imposible mantener la verdad de la gracia soberana - con la predestinación soberana en su corazón - sin una consistente comprensión bíblica y reformada del pacto. Por otra parte, es igualmente imposible mantener la verdad del eterno pacto de gracia de Dios, separada de una comprensión profunda y sostenida de la doctrina reformada de la gracia soberana. No me aventuraría a decir con qué frecuencia comentamos esto en nuestras discusiones.

Por ello, el autor ha hecho un favor a sus lectores mediante el desarrollo de la verdad del pacto de la gracia de una manera consistente con la verdad de la gracia soberana. Este no es un libro sólo para teólogos profesionales; está escrito para el amplio número de lectores del pueblo de Dios. De hecho, el libro comenzó hace muchos años como una serie de panfletos de estilo popular. Es fácilmente digerible por el lector cristiano.

Considero que es un honor recomendar el trabajo del profesor Hanks en este Prólogo y expresar la esperanza de que muchos en el pueblo de Dios sean edificados espiritualmente por él.





## Introducción

Cualquiera que esté familiarizado con la historia del desarrollo de la doctrina desde los tiempos de la Reforma protestante va a entender la importancia de la verdad del eterno pacto de gracia de Dios. Así como las verdades de la Reforma de Calvino fueron desarrolladas tanto en Inglaterra como en el continente, la doctrina del pacto ocupó un lugar muy importante. Casi todos los teólogos importantes se fijaron en ella.

Sin embargo, hay una característica notable en el desarrollo de esta doctrina: casi nunca hubo teólogos que prestaran atención a ella y que fueran capaces de llevar esta verdad en armonía con las verdades de la gracia soberana en general y con la verdad de la predestinación soberana en particular. Busque donde quiera entre los teólogos presbiterianos y reformados, y encontrará tensión entre estas dos grandes verdades de la Palabra de Dios. Si se hizo hincapié en las verdades de la gracia soberana y la doble predestinación (y hubo muchos que lo hicieron) la verdad del pacto fue empujada a una pequeña esquina de su teología. Si, por el contrario, el énfasis central de un teólogo descansa en la doctrina del pacto (como, por ejemplo, Cocceius), las verdades de la gracia soberana y la doble predestinación recibieron, como máximo, poca importancia.

¿Por qué fue así? Estamos convencidos de que la respuesta a esta pregunta se encuentra en el hecho de que casi sin excepción la doctrina del pacto fue, principalmente, definida en términos de un *acuerdo* o alianza entre Dios y el hombre. La esencia de la alianza se define en términos de tal acuerdo, y tanto el establecimiento de la alianza como su continuación dependían de las mutuas estipulaciones, condiciones, provisiones y promesas que son inherentes a un acuerdo. Aquí estaba el problema. Un pacto que es un acuerdo es un pacto que es condicional. Y un pacto que es condicional depende del hombre para su realización. Cuando en algún sentido la obra de salvación depende del hombre, las verdades de la gracia soberana sufren como resultado de ello.

Esto no quiere decir que todos los teólogos enseñaron una salvación que dependía del hombre. Esto está lejos de la verdad. Tanto en la teología inglesa como en la continental había muchos que defendieron vigorosa y consistentemente las verdades de la gracia soberana. Pero cuando así era, o el pacto de gracia no estaba integrado en todo el sistema de la teología establecida por estos hombres, o una especie de "feliz inconsistencia" llevaba a los teólogos a sostener ambas verdades. El hecho es que un pacto condicional y la gracia soberana no pueden armonizarse.

Este problema, es natural, está estrechamente relacionado con la cuestión del bautismo infantil. Si el pacto es un acuerdo y, por ello, es condicional, los niños pequeños no pueden, en el sentido más profundo de la palabra, pertenecer a ese pacto; no son capaces de cumplir con las condiciones hasta el momento cuando ya sean maduros. Esto ha llevado a lo largo de los años algunas veces a amargas controversias sobre la cuestión del bautismo infantil. A veces el debate se ha desatado entre los defensores del bautismo de niños y los que sostienen el bautismo de creyentes. Este debate se ha intensificado en las últimas décadas, probablemente en parte debido a que muchos de los que mantienen una posición "bautista" han, al mismo tiempo, adoptado un

cierto Calvinismo que hace hincapié en las doctrinas de la gracia. Son Bautistas Calvinistas en distinción de los Bautistas arminianos o del Libre Albedrío. Desde Charles Spurgeon, e incluso anteriormente, hay una corriente de pensamiento entre los bautistas que mantiene las verdades centrales de la gracia soberana, mientras continúan negando el bautismo infantil.

Estos "reformados" o "bautistas calvinistas" han provocado una renovación del debate, o al menos han generado un grado de mayor intensidad en el debate, porque aquellos que se aferran a la verdad del bautismo de niños generalmente han mantenido que las ideas de bautismo de creyentes y la gracia soberana son mutuamente excluyentes y que aquellos que se aferran a estas dos posiciones tienen una visión contradictoria de la salvación. Los bautistas han, por supuesto, repudiado esta acusación, y el debate continúa.

Pero incluso dentro de los círculos de aquellos que sostienen el bautismo infantil existe controversia. Muchos de los que han sido históricamente Reformados y que han, desde su posición Reformada, sostenido la doctrina del bautismo de niños, ya no son capaces de defender su posición frente a la enérgica y contundente apologética de los Bautistas. El resultado es que muchas personas Reformadas, que desean aferrarse a las doctrinas de la gracia soberana, han sido influenciadas por Bautistas Reformados y han pasado a sostener esa posición. Es nuestra convicción que esta incapacidad para defender la doctrina del bautismo infantil tiene sus raíces en una concepción errónea de la verdad del pacto, a saber, que el pacto es un acuerdo que descansa sobre ciertas condiciones.

Al hacer que el pacto sea un acuerdo – del cual, obviamente, los niños pequeños no son capaces de participar – se quita el fundamento de la verdad del bautismo infantil. Es cierto que varias soluciones se han propuesto para este problema, como veremos más adelante, pero estas soluciones han demostrado ser insatisfactorias y sin fundamento bíblico. Gran parte del debate dentro de los círculos reformados se ha centrado en esta pregunta: ¿cuál es la base para el bautismo infantil? Las diversas respuestas que se han dado han llevado a una gran controversia en los círculos reformados, controversia que aún no ha muerto completamente. La dificultad es siempre que la controversia ha sido llevada a cabo dentro de las limitaciones de un pacto definido como un acuerdo bilateral y condicional. Y la controversia no se resolverá hasta que se coloque esta idea a descansar de una vez por todas y que la idea bíblica del pacto sea claramente establecida.

Pero otro problema se ha inmiscuido en cualquier discusión del pacto. Me refiero al hecho de que gran parte del trabajo realizado en teología en nuestros días está centrada en el hombre. La teología comienza con el hombre y termina con el hombre. Tiene que ver con el bienestar del hombre y la felicidad del hombre. El hombre se coloca en el centro de todo el pensamiento de la iglesia, y el hombre se convierte en el principal objeto de consideración.

Si bien es cierto que las Escrituras se ocupan del hombre, también es cierto que los hombres no son la principal preocupación de las Escrituras. El énfasis en el hombre es realmente una forma de humanismo religioso, y como tal humanismo, con todos sus graves males, se ha convertido en el objeto de la reflexión teológica. Este es un error triste y peligroso. El hombre no es la preocupación principal de las Escrituras en absoluto. Tampoco debe ser el nuestro. El énfasis de la iglesia en el hombre no es el énfasis de la Biblia. Las Escrituras tienen que ver con Dios. Las Escrituras empiezan con Dios y terminan con Dios. Todas las Escrituras son la revelación de Dios y tienen su principal preocupación en Dios y su gloria. Dios es lo más importante y supremo. Pase lo que pase con el hombre, o lo que se diga del hombre, es de

importancia secundaria. Dios es el primero y el último. Todas las cosas comienzan y terminan en Él. Dios es central y trascendentalmente importante en cualquier discusión sobre la verdad. Negamos este énfasis fundamental o ignoramos su verdad bajo nuestro propio riesgo.

¿Con qué frecuencia el apóstol Pablo se interrumpe a sí mismo para realizar una poderosa y conmovedora doxología de alabanza al contemplar la verdad revelada a él - una doxología de alabanza a Dios, que es el único digno de toda alabanza y gloria? Después de discutir, por ejemplo, las grandes verdades de la elección y la reprobación, especialmente cuando se aplican a la salvación de judíos y gentiles en Romanos 9-11, concluye todo diciendo: " ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén" (vss. 33-36.).

Y lo que era cierto de Pablo también lo era de todos los demás autores de las Escrituras . David, en los Salmos, parece como si no pudiera hablar con la suficiente frecuencia y duración sobre la gran gloria de Dios. Se recoge en el éxtasis de la grandeza de Dios, se fija en los cielos y la tierra, el mar y las estrellas, y toda esta vasta creación se une a él en una alabanza a Aquel que es grande y que debe ser grandemente alabado. El libro de Apocalipsis pone doxología tras doxología e himno tras himno de alabanza y gloria a Aquel que es el único digno del honor de todo el universo. De hecho, toda la Escritura es correctamente llamada un hermoso y glorioso himno de adoración a Dios.

Esto debe ser lo más importante en nuestros corazones y mentes cuando intentamos resolver algunos de los problemas que se nos presentan cuando intentamos determinar la verdad de la Palabra de Dios. Quizás no hay nada tan difícil para el hombre pecaminoso que perderse de vista a sí mismo y ver sólo la gloria de Dios. Sin embargo esto es esencial. Y esto es preeminentemente verdadero acerca de la doctrina del pacto de gracia.

Y así, en nuestra discusión de la verdad del pacto, debemos comenzar con Dios y terminar con Dios. Si hacemos esto, como las Escrituras lo hacen, tendremos una perspectiva totalmente diferente sobre esta verdad, y podremos ver claramente a través de la maraña de problemas que la controversia sobre la alianza ha generado por años. Esto nos llevará a las Escrituras de forma que nuestra discusión se puede basar en las Escrituras y en sólo en las Escrituras . Y un estudio así nos mostrará que la verdad del pacto impregna la totalidad de las Escrituras . No es una exageración decir que el pacto de gracia está presente como un hilo dorado a través de la totalidad de las Escrituras , sino que es, de hecho, el tema dominante de las Escrituras . Y si esta verdad es tema dominante de las Escrituras , también es la verdad fundamental de toda la teología. Ha habido teólogos en el pasado que han desarrollado teologías desde el punto de vista del pacto. Necesitamos mencionar a hombres como Cocceius y Witsius. Este abordaje, creemos, es correcto y bíblico. Intentaremos mostrar esto.

Para hacer esto no trataremos la verdad del pacto tópicamente sino que lo haremos de forma histórica. Aunque va más allá del propósito de este libro el tratar todas las Escrituras, de Génesis a Apocalipsis, y tratar todos los pasajes que se nos presentan, trataremos de seguir las amplias líneas del desarrollo histórico del pacto en el Antiguo Testamento para mostrar como la idea del pacto fue revelada por Dios a su pueblo en esa dispensación, y lo relacionaremos con el nuevo para mostrar como todo se ha cumplido en Cristo. Creemos que este abordaje histórico nos ayudará a clarificar la verdad del pacto de Dios.

Creemos que este enfoque histórico, junto con la centralidad de Dios y su gloria, mostrará las grandes verdades de la gracia soberana y el eterno pacto de Dios a una perfecta armonía bíblica.

# Capítulo 1

## Dios, Un Dios Pactal



Dios es el Dios del pacto. El fundamento más profundo del pacto de gracia debe ser encontrado en la verdad de que Dios vive una vida Pactal en Sí mismo incluso aparte de las criaturas que Él creó.

Dios es trino. Es decir, Dios es uno en esencia y tres en personas. Esta doctrina es central y totalmente importante para la iglesia y se ha mantenido como una roca inamovible sobre la cual toda la verdad está basada. Y esta trinidad es la razón más profunda del por qué Dios es un Dios Pactal y vive una vida Pactal en Sí mismo. Sin la realidad de la trinidad, el pacto sería imposible.

Que Dios sea uno en esencia significa que sólo hay un Dios, un Ser divino, una esencia divina. En Dios sólo hay una mente y una voluntad, una naturaleza divina, una vida divina. Todos los atributos de Dios son atributos de la esencia y, por lo tanto, de Dios mismo.

Pero, aunque Dios es uno en esencia, también es tres en personas. En Dios hay tres Egos distintos, tres que dicen “yo”. Esas tres personas son el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.

No debemos dejar la falsa impresión que los tres no son completamente distintos uno del otro en cuanto a sus características y atributos personales. El Padre es personalmente distinto del Hijo y el Espíritu Santo, y el Hijo es personalmente distinto del Padre y el Espíritu Santo. Lo que puede ser dicho del Padre y del Hijo puede ser igualmente dicho del Espíritu Santo. Es verdad que ellos viven en una unidad de esencia. Es verdad que ellos tienen en común una mente y una voluntad. Pero el Padre piensa como Padre; el Hijo piensa como Hijo; y el Espíritu Santo es personalmente distinto del Padre y el Hijo en su pensamiento y voluntad. Pero ellos piensan y desean los mismos pensamientos y deseos. Su vida es una; su alegría es una; su propósito es uno; sólo hay un Dios.

Sobre esta verdad de la trinidad descansa la verdad de la vida pactal que Dios vive en Sí mismo.

Dios no es el Alá mahometano, que sólo es una fuerza impersonal y estática en la cual uno debe creer. Dios es trino. Y porque Él es trino, Él es Dios viviente, que vive una vida perfecta y completa en Sí mismo. La vida que Él vive es completa y bendita. Él no necesita a nadie más, ni siquiera a su criatura, para hacer su vida más completa o rica. La creación no puede añadir a su gloria y felicidad. Ninguna criatura puede enriquecer a aquel que es completamente suficiente. Él es perfecto, santo, eternamente bendito, puramente feliz en toda su vida.

Esto es verdadero porque Él vive una vida pactal consigo mismo. Y esta vida pactal que Dios vive consigo mismo es la compañía y comunión que en Sí mismo en la *unidad* de esencia y *trinidad* de personas de la divinidad. Hay, y sólo puede existir, perfecta comunión porque hay una perfecta unidad de esencia que subyace la vida de Dios. Pero al mismo tiempo, sólo puede existir compañía y comunión porque hay una trinidad de personas. Si Dios fuera uno en esencia y personas esa comunión sería imposible, porque comunión implica una multiplicidad de

personas. Si, por otro lado, Dios fuera tres en personas y esencias, la comunión sería menos que perfecta, porque la diferencia de esencia haría la completa comunión imposible. Pero, al contrario, cada una de las tres personas conoce a la otra completa y perfectamente. Y en esta unidad de esencia hay una comunión de esencia y naturaleza, una comunión de vida y amor, una felicidad trascendente que caracteriza la comunión de Dios como las tres personas disfrutando en su mutua compañía. Esta compañía, felicidad suprema, comunión de vida y amor es la propia vida pactal de Dios.

Como hemos dicho, esta vida de Dios es completa y perfecta. El hombre no puede enriquecer a Dios de ninguna manera. Dios no está incompleto sin el hombre. Sería la mayor de las tonteras y el ápice del pecaminoso orgullo decir que el único Dios vivo y verdadero, el Soberano del cielo y la tierra, el único que es infinitamente glorioso y eterno, necesita del hombre para completar o perfeccionar su gloria. Su felicidad es completa; su vida y amor también; su gloria es perfecta. Dios no tiene necesidad de nosotros; nosotros tenemos necesidad de Él.

Esto está claramente expuesto, por ejemplo, en Isaías 40:12-18: “¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados? ¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia? He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo. Ni el Líbano bastará para el fuego, ni todos sus animales para el sacrificio. Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es. ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?”

Si en este punto pudiésemos preguntarnos el por qué Dios creó al hombre y estableció un pacto con su pueblo, entonces tocaríamos el corazón de nuestra relación con Dios en toda nuestra vida. La respuesta a la cual llegaríamos es una respuesta que sólo puede postrar al hijo de Dios en polvo y ceniza delante de la grandeza del Todopoderoso. Es sólo por causa de la profunda y soberana bondad de Dios, que nunca podemos explicar adecuadamente en lenguaje humano o entender por nuestras mentes finitas, que Dios ha tenido a bien no sólo crear el mundo, sino también crear un pueblo que le ame y participe en su gloria y bondad. ¡Dios quiso hacerlo! No podemos afirmar más que esto.

Aquí tocamos un punto esencial en nuestro entendimiento de la doctrina del pacto de gracia.

Dios no puede ser conocido por medio de esfuerzos que pueda realizar el hombre. Ya que Él es tan grande e infinitamente exaltado sobre todo lo que hay en esta creación es también, aparte de su revelación, desconocido para el hombre. El abismo infinitamente ancho y profundo que separa a Dios del hombre es un abismo sobre el cual no se puede poner un puente ni ser cruzado por medio de los esfuerzos de la criatura. Dios habita en una luz a la que el hombre no puede acercarse. Él es el Invisible, el único que puede ser exaltado. Los cielos son Su trono y la tierra Su estrado. Si, por lo tanto, Él debe ser conocido por la criatura, será conocido solamente porque Él mismo se da a conocer por medio de Su propia revelación. Si es posible que lo conozcamos, es sólo porque Él se ha revelado a nosotros de una forma que es entendible y apropiada para nosotros.

En otras palabras, si Dios es conocido, sólo puede serlo por el maravilloso milagro de una revelación que revela la verdad del Dios infinito, pero que la revela de tal forma que el hombre puede entenderla. No se puede conocer a Dios por nuestras habilidades de razón e intelecto, ni por la fuerza encontrada en el hombre, ni por la investigación científica, ni por los mejores esfuerzos humanos. La única forma es que el hombre se incline humildemente ante la Palabra de Dios y ore para que sus sinceros esfuerzos de penetrar las maravillas de la Palabra puedan ser benditos por su Padre en el cielo. En esa Palabra está contenida toda la verdad de la trinidad, la verdad de todas las gloriosas perfecciones de Dios, la verdad de su propia vida pactal, la verdad del eterno pacto de gracia.

Entonces, hablar del pacto de gracia es hablar de revelación. Toda la revelación es Dios hablando acerca de Sí mismo. Si estamos hablando de la “revelación” divina en la creación, en Cristo, o en la Escritura como el registro infalible de la revelación de Dios en Cristo, es siempre Dios hablando. Y Dios sólo habla de Sí mismo. Por lo tanto también es así con la revelación del pacto de gracia. Esta revelación es Dios hablando de Sí mismo, particularmente de la vida pactal que Él vive en Sí mismo. Cuando Dios revela Su propia vida pactal al hombre, entonces, y sólo entonces, el pacto de gracia se establece con el hombre.

Debemos recordar, sin embargo, que esto no es simplemente una revelación en palabras. Es eso, pero es más que eso. Cuando Dios establece su pacto con su pueblo, Él no lo hace sólo hablándoles acerca de la vida pactal que Él vive en Sí mismo, sino que Él revela su vida pactal que Él vive en Sí mismo a su pueblo llevándolo dentro de su propia vida pactal. Él hace que el hombre comparta en el placer y la alegría de Su propia comunión. Él da al hombre el gustar la grandeza de esa comunión y compañía que Él disfruta en Sí mismo.

Quizás una figura clarifique esto. La vida pactal que Dios vive en Sí mismo es una vida “familiar”. El Dios trino es un Dios “familiar”. Esta vida “familiar” es reflejada en nuestras propias vidas familiares cuando hay verdadera comunión. Tales familias usualmente están compuestas de un padre, una madre y sus hijos. Esta familia disfruta de la compañía y comunión de una unidad de naturaleza y la distinción de personas. Esta vida familiar, bendita por Dios, es feliz y pacífica. Si esta familia estuviera caminando por las calles de una de nuestras grandes ciudades, ellos podrían ir hacia una pequeña niña abandonada por su familia. Esta niña no tiene padres, casa, amigos, ni ninguna compañía. Ella es pobre y está hambrienta. Su barriga está hinchada por la desnutrición. Sus ropas están rotas. Su cabello está sucio y descuidado. Su cuerpo está cubierto de llagas llenas de pus. Esta familia siente lástima por ella y se dicen que es muy triste que esta niña no tenga idea de que es la alegría de una vida familiar. En este punto ellos pueden hacer dos cosas. Ellos podrían, en su deseo porque ella conozca la alegría de la vida familiar, llevarla a algún lugar y hablarle de como ellos viven en su hogar. Ciertamente esto le daría alguna idea a la niña de cuan bendita puede ser la vida familiar, pero es igualmente cierto que esto no le haría ningún bien. Ellos también podrían conversar y decir que la única forma de hacer que esta niña entienda completamente que bendición puede ser la vida familiar es llevarla su casa con ellos y hacerla parte de su propia familia. Entonces ellos la llevarían a su hogar, la bañarían en una tina con agua caliente, curarían sus llagas, lavarían y peinarían su cabello, la llevarían a la mesa donde ella tendría un lugar con los otros niños, la harían su propia hija, quien podría compartir de forma muy real de todas las alegrías y bendiciones de la familia. Cuando ella pudiera conocer con todo su corazón que ella es amada y cuidada, una verdadera miembro de la

familia, entonces ella podría también conocer exactamente cuál es la bendición de una vida familiar.

Esta es la revelación de la propia vida pactal de Dios a nosotros. Es un milagro casi incomprensible. Dios toma a Su pueblo y lo lleva dentro de Su propia vida familiar trina. Él los libra de sus pecados, los limpia de su corrupción, los alimenta con el pan del cielo, lo hace sus hijos e hijas – como su propio Padre celestial – y decreta que ellos sean los herederos de su herencia eterna. Ellos son llevados a la vida pactal de Dios. Pedro es muy enfático al decir que somos participantes de la *naturaleza* divina (II Pedro 1:4).

Pero debe ser recordado que esta vida pactal que Dios vive en Sí mismo es una vida de comunión y amistad. Cuando Dios, por medio de Su pacto de gracia, nos lleva a esa comunión y amistad de Su misma trinidad establece con nosotros Su pacto de gracia por medio de Jesucristo. Y entonces este pacto es ese lazo de comunión y amistad que Dios estableció con nosotros por medio de Su querido Hijo.

Entrar a la propia vida de comunión de Dios será eternamente el incomprensible milagro de nuestra salvación.



## Capítulo 2

### La Idea del Pacto



A través de la historia del desarrollo de la doctrina del pacto, el pacto casi siempre fue considerado como algún tipo de acuerdo entre Dios y el hombre, que al ser bilateral, o un acuerdo entre dos partes, incluye varias estipulaciones, condiciones, obligaciones, y promesas a las que ambas partes del pacto se obligan a cumplir.

No es completamente claro cómo esta concepción del pacto entró en el pensamiento de algunos teólogos. Lo más probable es que esta idea surgió principalmente debido a que la palabra “pacto” en la Escritura fue consistentemente traducida en la *Vulgata* latina con la palabra *foedus*. Esta palabra latina significa en latín clásico y medieval: sociedad, tratado, pacto, estipulación entre dos o más, acuerdo. Cuando se aplica a pactos humanos hechos entre hombres, esta palabra puede ser correctamente usada. Por ejemplo, cuando un marido y su esposa entran en un pacto matrimonial debe haber necesariamente un acuerdo entre ellos. De la misma forma, cuando dos naciones entran en un pacto de paz, esto debe necesariamente tener una forma de acuerdo. Cada nación hace ciertas promesas y asume ciertas obligaciones a las que someterse. Sólo cuando estas condiciones son conocidas y mantenidas el acuerdo tiene fuerza o vigencia.

El problema fue que esta misma idea fue aplicada entonces al pacto de gracia que Dios estableció con el hombre. Esta idea se encuentra presente en todos los teólogos que hablaron del pacto desde el tiempo de la reforma. Es verdad que si uno lee las obras de estos teólogos, es posible a veces encontrar algunos que mantienen la idea del pacto como un vínculo de amistad. Olevianus, por ejemplo, un teólogo del siglo 16 y uno de los autores del Catecismo de Heidelberg a veces habló del pacto como *Bund und freudshaft* (vínculo y amistad). Pero incluso él no escapó de la idea del pacto como un acuerdo con cierto carácter bilateral.

Al definir el pacto de esta forma, la idea promovida era que Dios y el hombre entraron juntos en un acuerdo por el cual el pacto es realizado. Ambos entran en una consulta mutua y llegan a un acuerdo satisfactorio para ellos. Es verdad, como muchos teólogos sostienen, que Dios toma la iniciativa y viene al hombre con las primeras propuestas, pero el pacto no tiene fuerza ni es obligatorio para ambas partes hasta que los dos hayan entrado en el acuerdo por el cual ellos se obligan a sí mismos.

Si usted pregunta cómo funciona esto, la respuesta es: Dios viene al hombre con la propuesta, por medio de la predicación del evangelio, de que Él salvará al hombre y le dará todas las bendiciones salvíficas merecidas en la cruz de Jesucristo. Pero esta promesa de Dios no tiene efecto real hasta que el hombre esté de acuerdo con ella y asuma ciertas condiciones que deben ser cumplidas. Estas condiciones asociadas a la promesa son obligatorias para el hombre y son principalmente que el hombre debe aceptar la promesa como la suya, debe estar de acuerdo en caminar fielmente en el medio del mundo, y debe mantener la fidelidad al pacto de Dios. Sólo

cuando esas condiciones han sido aceptadas y exitosamente cumplidas el pacto puede ser consumado y las bendiciones el pacto pasan a ser posesión del hombre.

¿A quién se hace esta promesa? Diferentes respuestas han sido dadas a esta pregunta. Algunos dicen que la promesa ha sido hecha a todos los que escuchan la predicación del evangelio. El evangelio, entonces, es descrito en términos de una oferta de salvación que viene a todos los que escuchan y expresa la intensión y deseo de Dios de salvar a todos los que escuchan. Donde vaya o venga el evangelio ahí va también la promesa divina de que Él ciertamente los bendecirá si ellos aceptan las condiciones de la promesa y entren en este acuerdo.

Otros, aunque no se oponen a esta posición, tienden a enfatizar más el lugar de los niños en el pacto. Destacan, por tanto, que en el bautismo la promesa de Dios llega a todos los que son bautizados sin distinción. Si, sin embargo, la promesa alguna vez se debe convertir en el tesoro poseído por el que es bautizado, sólo puede producirse cuando ese niño crece y acepta lo que una vez fue ofrecido o prometido a él en su infancia en el momento del bautismo.

Aunque estas, y otras, diferencias de un menor tipo pueden separar varias visiones, el hecho es de que todos concuerdan con la concepción de un pacto de gracia como un acuerdo bilateral y condicional permanente.

Las Escrituras, sin embargo, no hablan del pacto de esta manera. Muchas objeciones serias se pueden levantar contra esta visión. Las siguientes son las más importantes.

Si es cierto que la promesa de Dios de establecer su pacto llega a todos los que son bautizados, o en el sentido más amplio de la palabra, a todos los que han oído el Evangelio, entonces se deduce que todas las bendiciones de la salvación merecidas por Cristo en la cruz se les promete a todos los que entran en contacto con el Evangelio en cualquier forma. Y esta es exactamente la idea de aquellos que promueven estas visiones. Pero es un factor claro el que muchos, y en realidad, la mayoría de aquellos que oyen el evangelio no son salvos. De hecho, también es verdad que muchos de los que fueron bautizados en la infancia tampoco son salvos. ¿Qué significa esto? Esto significa que Dios promete a cierto hombre algo que ese hombre nunca recibe. La única razón por la que él no la recibe es porque él mismo es capaz de frustrar las promesas del Dios Todopoderoso.

Pero la pregunta no es solamente si la promesa de Dios viene a todos los hombres: la pregunta es también si Cristo murió por todos aquellos a quienes viene la promesa. Si Dios promete las bendiciones de la cruz de Cristo a todos los hombres, Cristo murió por todos los hombres. De hecho, ésta ciertamente podría ser la solución al problema, porque ¿cómo Dios podría prometer algo – las bendiciones de la cruz del Calvario – a los hombres a quienes las bendiciones de la cruz nunca tuvieron la intención de llegar? Pero entonces somos forzados hacia la herejía de la expiación universal, una herejía que los arminianos voluntariamente exponen, pero que ha sido fuertemente repudiada por aquellos que creen en la Escritura. Porque si Cristo murió por todos los hombres y no todos los hombres son salvos, la cruz de Cristo no tiene efecto. El Calvario es una farsa. Entonces no hay poder en la sangre ni eficacia en la cruz. Los intensos sufrimientos de Cristo bajo la ira de Dios fueron inútiles para un gran número de hombres por los cuales Cristo murió pero que no fueron salvos.

Se puede objetar, sin embargo, que Cristo realmente haya muerto sólo por su pueblo elegido, ya que la promesa de las bendiciones de Cristo viene a todos los hombres. Pero esto no es una solución. ¿Es verdad que Dios promete algo a la humanidad que nunca fue merecido por Cristo? ¿Dios promete al hombre una salvación que nunca haya sido merecida? ¿Dios puede prometer el

cielo a alguien para quien no hay lugar más allá de las puertas de la Nueva Jerusalén? ¿Dios puede ofrecer las magníficas bendiciones de un lugar en Su hogar de muchas moradas cuando no existe tal lugar? ¿Y cómo puede existir tal lugar para el hombre si Cristo no ha merecido ese lugar para él? Esta es la burla de la cruz más grosera que se pueda imaginar, y, realmente, está al borde de la blasfemia.

Nuevamente, se puede objetar que aunque la promesa del pacto de Dios depende de las condiciones y la aceptación de ciertas obligaciones, Dios da la gracia para cumplir esas condiciones y los requisitos que Él hace. Pero aunque esta solución a menudo ha sido propuesta como un intento de preservar tanto la condicionalidad del pacto como la soberanía de la gracia no soluciona nada. Suena más piadoso el introducir en este punto alguna afirmación para el efecto de que las condiciones son cumplidas sólo por gracia, pero esto no puede cambiar el asunto. Si el pacto es un acuerdo, el hombre debe tener su lugar en tal acuerdo. Si la promesa viene a todos los que escuchan el evangelio, el cumplimiento de la promesa depende solamente en la obra del hombre. Este es el horrible dilema para el cual no hay escape. O se hace una burla de la promesa de Dios o se debe hacer un retroceso hacia el campo arminiano. Esto último ha sido, a menudo, el triste resultado en la iglesia de Jesucristo.

El arminianismo es la plaga de la iglesia y el azote de la sana doctrina. Es ciertamente el refinamiento teológico de la mentira que Satanás le dijo a Eva cuando la tentó a comer el fruto prohibido: “No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:4-5). Esta mentira se ha perpetuado en el tiempo en las vidas de los hombres cuando ellos se esfuerzan en “ser como Dios”.

Este es el terrible pecado del orgullo. El orgullo es la maldición del hombre, aquel pecado que está en las raíces de toda la iniquidad del hombre. En el orgullo el hombre se exalta a sí mismo al trono de Dios y se hace a sí mismo igual al Altísimo. Él toma para sí atributos que pertenecen sólo a Dios, se da el honor que se debe a Dios, y se jacta en sí mismo mientras ignora completamente a su Creador.

Quizás no hay otra forma en la cual los hombres han mostrado más su orgullo que robándole a Dios Su poder soberano. En su arrogancia y feroz odio por la humildad delante del Señor, ellos se hacen a sí mismos iguales e incluso mayores que Dios cuando se hacen más poderosos que el Todopoderoso. Ellos roban al Altísimo la soberanía que le pertenece sólo a Él y claman para sí aquello que le pertenece a su Creador.

Este mal humano nunca ha sido más claro que en sus creencias relacionadas con la salvación. En lugar de confesar humildemente que sólo Dios salva y que todo el poder para salvar le pertenece a Él, el hombre clama para sí un poder igual o superior al de Dios: un poder de la voluntad humana que puede hacer algo que Dios no puede hacer – salvar al pecador; un poder que primero debe venir a la acción por la iniciativa del hombre ante la obra de salvación pueda ser consumada. Dios, como se dice, espera al hombre. El hombre, como se dice, debe aceptar a Jesucristo como su Salvador personal; debe hacer un compromiso personal con Cristo y mostrar la voluntad de pertenecer a Cristo antes que sea posible para Dios el salvarlo. Si él se reusa a aceptar a Cristo y a ceder a los sinceros ruegos con que es asaltado, Dios es completamente incapaz de salvarlo y llevarlo a la bendición de la vida eterna.

Consecuentemente, ha habido una terrible parodia del ministerio del evangelio. Aquellos que afirman predicar el evangelio de redención ya no predicán el poder soberano de la cruz, sino

que bombardean los oídos de sus audiencias con sinceras súplicas y lamentos que quiebran el corazón pero que no hacen nada más que presentar al Dios Todopoderoso como un mendigo que debe encorvarse tan bajo de su alto trono para rogar al hombre que acepte Su salvación. Los esfuerzos del hombre, como ellos parecen pensar, sólo son coronados con éxito cuando los hombres son movidos tan intensamente que en un espasmo de pasión emocional ellos responden al “llamado al altar”.

Esta visión tiene una larga, y casi ininterrumpida, historia en la iglesia. Agustín, el gran padre de la iglesia del quinto siglo, ya se enfrentó con ella cuando batalló contra Pelagio. Este estudioso, pero superficial monje enseñó que todos los hombres vienen a este mundo libres de pecado o manchas morales. Sus naturalezas y vidas son limpias e intachables; ellos no tienen tendencia al pecado y son capaces de vivir una vida de perfecta e inmaculada santidad. La realidad de que el hombre verdaderamente peca no debe ser atribuida a algún defecto en su naturaleza, pero sólo al mal ejemplo de los hombres con los que convive y cuyos hábitos él aprende y emula. El pecado no está, por lo tanto, enraizado en la corrupción y depravación de la naturaleza, sino que es una leve enfermedad que permea al hombre sólo con tendencias de hábitos hacia el mal moral, pero que es comparativamente fácil de curar. Siendo así el carácter del pecado, el hombre es capaz de sobreponerse a esos hábitos o defectos de su naturaleza por medio de los repetidos intentos de caminar en santidad, ocasionalmente asistido de alguna forma por la gracia divina. Entonces el hombre consigue su propia salvación.

Pero en este tipo de visión no hay lugar para la culpa del pecado y la depravación de la raza humana caída. No hay lugar para la cruz, para la gracia, para la obra salvadora de Dios.

Agustín criticó esta visión fuertemente. Él sostuvo, basado en las Escrituras, que esa superficial visión del pecado no es la enseñanza de la Biblia ni está en armonía con la realidad. Enseñó que el pecado de nuestros primeros padres, Adán y Eva, en el Paraíso fue un pecado tan grave a los ojos de Dios que Él inmediatamente castigó ese pecado con la muerte, tal como había dicho que haría.

Esta muerte que vino a Adán y Eva fue una muerte espiritual que puede ser mejor descrita como “depravación total”. Su muerte los hizo totalmente incapaces de hacer algo bueno a los ojos de Dios. Pero esta muerte pasó a todos los hombres y así el estado de la raza humana es vivir en una condición en la cual es imposible hacer algo distinto al pecado desde el primer aliento hasta el momento de la muerte.

Durante su vida Agustín se enfrentó a una forma modificada de Pelagianismo llamada Semipelagianismo. Esta herejía fue básicamente adoptada por la Iglesia Romana y resultó en su enseñanza de salvación por medio de fe y obras.

Aunque la Reforma restauró las verdades de la gracia soberana en la iglesia, no pasaron muchos años antes que la antigua herejía Pelagiana fuera resucitada en la enseñanza de Arminio. Él habla del hombre, aunque afligido por los resultados del pecado en su naturaleza, como si aún poseyera la habilidad de desear lo bueno. Él podría, si así lo eligiera, volverse a Dios y aceptar a Cristo. Él podría, si ese fuera su deseo, abandonar su pecado y lanzarse a la cruz del Calvario. Pero, en realidad, la salvación sólo podría venir a ser una posesión del hombre si él primero ejerciera su voluntad de manera productiva. El paso inicial es dejado al hombre. La salvación debe comenzar con el hombre. Dios se mantiene impotente en su obra hasta que el hombre haya aceptado venir a Dios y alcance con su mano aquello que libremente le fue ofrecido.

Así ha sido el sutil intento de socavar la verdad de la gracia y el poder soberano de Dios.

Pero ha sido esta herejía la que ha sido unida fuertemente con la doctrina del pacto cuando el pacto es presentado como un acuerdo bilateral y condicional. Una vez más, no queremos implicar que todos los que han sostenido el pacto como un acuerdo han sido arminianos en su pensamiento. Eso está lejos de la verdad. Pero permanece el hecho de que aquellos que han enseñado fuertemente la verdad de la gracia soberana no han sido capaces de integrar esas verdades con la doctrina del pacto mientras hayan mantenido que el pacto es un acuerdo de ese tipo. La historia de la doctrina del pacto ha sido la historia de un intento fallido de armonizar las verdades de la gracia soberana y la doble predestinación con la doctrina del pacto. Y, aunque algunas veces, como un resultado, no se le ha dado a la doctrina del pacto un lugar prominente en el pensamiento de esos teólogos (con referencia, por ejemplo, a Turretín, con su gran énfasis en la gracia soberana, pero relativamente exiguo tratamiento del pacto), y, peor aún, se han descartado las verdades de la gracia soberana y una forma de arminianismo se introdujo en el pensamiento de la iglesia.

Contrario a todo esto, la clara enseñanza de las Escrituras es muy diferente. Las Escrituras no hablan del pacto como un acuerdo entre dos partes. Aunque esto pueda ser así en relación a los pactos entre hombres, está lejos de ser verdad en relación al pacto de gracia. Es verdad que todos los pactos entre hombres es un acuerdo entre dos partes, porque, después de todo, todos los hombres son iguales. Pero el pacto de Dios no es hecho entre iguales, sino que entre el Dios viviente y el hombre. Dios es Dios. No hay nadie como Él. Él es infinitamente mayor y glorioso, muy exaltado sobre toda Su creación. ¿Qué es el hombre si todas las naciones de la tierra son menos que una gota en un balde y menos que el polvo en la balanza? Y si Dios es infinitamente exaltado sobre nosotros, es increíble que intentemos colocar al hombre a la misma altura que Dios para que ambos puedan entrar en un acuerdo.

Las Escrituras, insistimos, no hablan de un pacto así. Ellas no hablan de una promesa que es hecha a todos los niños que han sido bautizados o a todos los que han escuchado la predicación del evangelio. Ellas no hablan de condiciones que el hombre debe cumplir antes de que el pacto pueda ser consumado. No hablan de un pacto bilateral. No hablan de partes en el pacto. La verdad es exactamente lo contrario. Las Escrituras son un largo, glorioso y hermoso himno de adoración al Señor soberano del cielo y la tierra, que es absolutamente soberano en todo lo relacionado a la salvación y en el establecimiento y mantenimiento del pacto de gracia.

Esto, entonces, es el pacto. Es la obra graciosa de Dios; una obra en la cual no hay cooperación del hombre; una obra que en sí misma siempre debe ser una revelación de Dios como el Dios de nuestra salvación por medio de Jesucristo, a quien pertenecen toda adoración y gloria eternamente.

Así llegamos a dividir las aguas en la idea del pacto. El arminianismo comienza con el hombre; y, haciendo esto, también termina con el hombre. En una nota totalmente distinta, las Escrituras comienzan con Dios y terminan con Dios. Este debe ser también nuestro énfasis si queremos entender lo que las Escrituras enseñan en relación con el pacto de gracia.

Si comenzamos nuestra discusión sobre el carácter y la naturaleza del pacto con Dios, debemos sostener antes que todo que el pacto es la revelación de Dios en la cual Él hace conocida la vida pactal que vive en sí mismo. Él hace esto llevando a aquellos con los que establece Su pacto hacia Su propia comunión como el Dios trino.

Por causa de esto, la esencia del pacto de gracia es la misma comunión pactal que Dios vive en Sí mismo. Todas las obras de Dios siempre son reflejo de lo que Dios es en Sí mismo. Todas

Sus obras lo revelan a Él: Su vida, Sus atributos, Su gloria, Su adoración, Su maravillosa majestad. Todo lo que Dios hace es hecho para poderse revelar quién es Él y lo que Él hace.

Originalmente, cuando Él formó los cielos y la tierra y todo lo que ella contiene, lo hizo de forma que revelaran perfectamente la gloria y el poder de su Ser Divino. “Los cielos cuentan la gloria de Dios, Y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19:1). Toda la creación fue un reflejo glorioso de la gloria del Creador. Como Agustín expresó tan elocuentemente: “Pero ¿y qué es entonces? Pregunté a la tierra y me dijo: «No soy yo»; y todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: «No somos tu Dios; búscale sobre nosotros». Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores, me dijo: «... yo no soy tu Dios». Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas. «Tampoco somos nosotros el Dios que buscas», me respondieron. Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: «Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de él». Y exclamaron todas con grande voz: Él nos ha hecho» (*Confesiones de San Agustín*. Libro X. Sección 9).

La Confesión de Fe Belga habla en la misma línea cuando recalca en el Artículo II: «A Él le conocemos a través de dos medios. En primer lugar, por la creación, conservación y gobierno del universo; porque éste es para nuestros ojos como un hermoso libro en el que todas criaturas, grandes y pequeñas, son cual caracteres que nos dan a contemplar las cosas invisibles de Dios, a saber, su eterno poder y deidad».

Pero si las obras de Dios en la creación del universo son revelaciones de Sí mismo y de Su gloria, lo mismo se puede decir de su obra salvadora. La revelación de Dios más alta y hermosa es por medio de Jesucristo, su Hijo, en todas Sus obras de sufrimiento, muerte, resurrección de la muerte, y ser exaltado a la diestra de Dios. El aspecto central de esta obra salvadora es el establecimiento del pacto de gracia. Este pacto de gracia es, por lo tanto, también una revelación de la propia vida pactal que Dios vive en Sí mismo.

Entonces este pacto también es una comunión de amistad y compañía entre Dios y Su pueblo. Todo el énfasis debe caer en esta idea de un lazo que está caracterizado por compañía, amistad y comunión. En el pacto de gracia Dios se transforma en el Amigo de Su pueblo, haciéndolos Sus amigos, llevándolos a la compañía de amistad y vive con ellos en esta bendita relación.

Es siempre de esta forma que las Escrituras hablan del pacto de Dios. Las Escrituras describen la relación entre Dios y Su pueblo en el pacto como una relación en la cual Dios revela sus secretos al hombre, da a Su pueblo la comunión de Su vida, los hace caminar en la verdad y hacer el bien. Él describe su pacto como el habitar con Su pueblo colocando su propia habitación en medio de ellos y colocándolo con Él bajo un mismo techo. La comunión pactal con Dios siempre es la intimidad de caminar y conversar con Dios en perfecta comunión.

En las Escrituras se dice que Enoc, Noé, y Abraham caminaron con Dios y que fueron amigos de Dios (Génesis 5:22; 6:9; Santiago 2:23). Aunque no se hace ninguna mención especial en relación con el pacto, la idea claramente está ahí, ya que leemos en la Escritura que Dios estableció su pacto con Noé (Génesis 8:9) y con Abraham (Génesis 17:7); y Amós habla de la realidad de que dos no pueden caminar si no están de acuerdo (3:3).

En el Salmo 25 tenemos algo que se acerca a una definición del pacto de Dios: “¿Quién es el hombre que teme a Jehová? Él le enseñará el camino que ha de escoger. Gozará él de bienestar, Y su descendencia heredará la tierra. La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, Y a

ellos hará conocer su pacto” (12-14). Si recordamos que el paralelismo hebreo es usado aquí, es decir, que las dos cláusulas del texto se explican una a la otra, es claro que la definición del pacto de Dios dado en el versículo 14 es “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen.”

Que el pacto es una obra de Dios por la cual Él lleva a su pueblo a Su propia familia es evidente del hecho que repetidamente la Escritura llama al pueblo de Dios como hijos e hijas de Dios, quien es su Padre. Un ejemplo de esto es II Corintios 6:16-18: “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, Y seré su Dios, Y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, Y no toquéis lo inmundo; Y yo os recibiré, Y seré para vosotros por Padre, Y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.”

Al mantener esto, el énfasis siempre recae en el hecho de que Dios establece Su pacto con Su pueblo. “Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David” (Isaías 55:3). “Porque yo Jehová soy amante del derecho, aborrecedor del latrocinio para holocausto; por tanto, afirmaré en verdad su obra, y haré con ellos pacto perpetuo.” (Isaías 61:8). “Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí” (Jeremías 32:40). “Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre. Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y sabrán las naciones que yo Jehová santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre” (Ezequiel 37:26-28).

Como es evidente del último texto, el tabernáculo y el templo eran un tipo de la antigua dispensación del pacto, porque estos edificios eran imágenes de Dios habitando en medio de Su pueblo en una comunión pactal. Esta idea es enfatizada a través de la Escritura y la salvación final del pueblo de Dios en el cielo es ilustrada de la siguiente manera: “Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:3-4).

Hay una imagen terrenal de esta relación de comunión y amistad en el vínculo del matrimonio. Necesariamente, esta relación terrenal es una ilustración limitada e imperfecta, pero la Escritura enseña que el esposo y su mujer viven juntos como una ilustración del pacto establecido en Cristo. El marido y su mujer son una carne en el pacto del matrimonio y como tal disfrutan unidad y comunión de vida y amor. Así Pablo escribe: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla... Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (Efesios 5:22-26, 29-32).

En la relación matrimonial hay una comunión íntima entre el esposo y su mujer que crece con los años que viven juntos. Existe una comunión en su vida y amor mutuo. Existe aquella compañía que ellos experimentan en los problemas que enfrentan y solucionan, los pesos que llevan juntos, las necesidades que juntos presentan en el trono de la gracia. Existe la intimidad en la mente y voluntad en la cual buscan y persiguen los mismos objetivos, aprecian y desean los mismos ideales, se revelan los secretos de sus corazones y los pensamientos de sus mentes. Ellos son ahora “una sola carne” en su vida. Y en esto ellos reflejan a Cristo y Su iglesia.

No sorprende, por lo tanto, que las Escrituras a menudo presenten la relación pactal entre Dios y Su pueblo en términos de un matrimonio. Especialmente en los profetas esta relación es descrita como una relación que el pueblo de Dios ha quebrado. Ahora es un pueblo adúltero que vive en fornicación debido a que han olvidado a su Dios y se han vuelto a otros amantes a quienes deben lealtad. El pueblo peca contra su Dios y camina en los deseos su propia vida carnal e impía. Es terco y perverso, constantemente quiebra el lazo del matrimonio y marcha con sus pies sobre el pacto de Dios.

Pero Dios es un esposo fiel que mantiene siempre su pacto. En Su infinito y eterno amor por Su pueblo por medio de Cristo viene a él y lo salva. Y cuando Él le revela Su amor, él lo hace nuevamente su esposa, el pueblo de Su pacto. Él lo abraza con brazos de amor, lo tranquiliza con las palabras de Su gracia, le habla del perdón de sus pecados, le da a conocer la gloriosa vida que ha preparado para él en la vida que viene, y les restaura en la intimidad de su matrimonio celestial. En esta intimidad conyugal Él le revela los secretos de Su corazón, le hace conocer y probar el poder y la gloria de Su propia vida pactal. Él lo cuida en sus problemas, lo conforta con Sus promesas en sus tristezas, lo perdona graciosamente en sus pecados, le muestra su poder sustentador en sus preocupaciones, cuando está afligido le susurra de su amor en su corazón y le asegura que todas las cosas cooperan para el bien de aquellos que son llamados según su propósito. Cuando el pueblo lo llama, Él siempre lo escucha. Sus oídos nunca están cerrados a sus angustiados sollozos, a las súplicas de un corazón quebrantado. Él camina a su lado. Lo preserva del mal y la tentación. Incluso cuando ellos caminan en el valle de sombra y de muerte no temen, pues Su vara y Su cayado le infunden aliento. Ciertamente el bien y la misericordia le seguirán todos los días de su vida, Y en la casa de Jehová morará por largos días.

Para tales pasajes en la Escritura sólo necesitamos mirar Oseas 1 y 2, Jeremías 31:31-34, Jeremías 3, especialmente el versículo 14, y muchos otros pasajes similares.

Es claro que esta comunión pactal es imperfecta e incompleta en este lado de la tumba ya que incluso los creyentes no pierden su pecado ni sus naturalezas pecaminosas mientras vivan aquí abajo. Sin embargo, en su glorioso inicio aquí ya experimentamos la comunión con Dios. Y la pesadilla del pecado pronto no existirá más. Viene el día cuando bajen las armas de su batalla espiritual y las cambien por las palmas de la victoria, cuando la bulla de la batalla que deben pelear contra el pecado y la tentación sea aquietada en la muerte, y ellos despierten para oír sólo la hermosa canción de Moisés y el Cordero cantado por el coro en el cielo. Es por poco tiempo que ellos viajarán aquí como peregrinos y extranjeros porque pronto armarán sus tiendas por última vez e irán al hogar de muchas moradas en el cielo. El fin de sus vidas aquí es el último triunfo sobre el último enemigo, la muerte. Ellos cambiarán sus horribles y espantosos harapos de pecado e iniquidad por las ropas blancas de la justicia de Cristo. Ahí, en gloria, el pacto será perfectamente consumado. Habrá vida y alegría para siempre.



Ser participante de este pacto es la mayor bendición que puede alcanzar un hombre. Representar el pacto de Dios en medio del mundo es el mayor de los privilegios y llamados. Mirar hacia adelante en una ansiosa anticipación del día en el cual este pacto será finalmente perfeccionado es la esperanza que sostiene al pueblo de Dios en su vida. Es la esperanza que los inspira a la fidelidad hacia esa eterna recompensa. Cuando la visión de ese glorioso día brille en sus ojos, sufrirán la persecución y las burlas, los insultos y escarnios de hombres impíos con firme valentía. Esta bendición los sostiene en las horas de necesidad, en su difícil peregrinaje, y finalmente en la hora de su muerte. Por el alto llamado de este pacto, ellos marchan inquebrantablemente hacia la hoguera, la cruz, el patíbulo, los leones, enfrentando todos los poderes del hombre que quieren quitarles su fe y esperanza. Con la dulce canción de las promesas de su Padre sonando en sus corazones, ellos enfrentan privaciones y dificultades, y con el bendito conocimiento de que la muerte es su ganancia, ellos tumban sus cabezas en la almohada de la muerte en el seguro conocimiento que pasarán a su descanso eterno.

